

**DESEO Y SATISFACCIÓN,
EL CAMINO ORTEGUIANO HACIA
LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA,
1910-1949***

MARGARITA MÁRQUEZ PADORNO**

*Fundación Ortega-Marañón
Universidad Complutense de Madrid*

Resumen

Se presentan en este artículo de modo sintético las tres etapas principales en el pensamiento del filósofo español José Ortega y Gasset sobre su idea de Europa como regeneración de España a través de la europeización de la patria.

Palabras clave

Historia de las ideas, Europa, Filosofía política, España

Abstract

The aim of this article is to analyze synthetically the three main ideas in the Spanish philosopher Jose Ortega y Gasset's thinking about his concept of Europe as the driving force of regeneration of his own motherland.

Key words

History of thinking, Europe, Philosophy and Political Science

* Fecha de recepción del artículo: 28/04/13. Fecha de aceptación: 04/05/13.

** Profesora titular, Departamento de Historia de la Comunicación Social en la Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense y Coordinadora académica de Administración y Actividades en la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón. Dirección Postal: c/ Fortuny 53, (28010) Madrid, España. email: mmarquez@fog.es

Hace algo más de cien años que un jovencísimo Ortega y Gasset pronunciaba en la sociedad *El Sitio* de Bilbao –centro de tradición liberal en esos albores del siglo XX– una conferencia con el título *La Pedagogía social como programa político*. En ella el filósofo madrileño ofrecía a su audiencia un programa de reforma, de regeneración, de la vida y la sociedad española que después de ser publicado en el tercer número de la Revista *Europa*, quedó incluido como legado para el resto de sus lectores en su libro recopilatorio *Personas, obras, cosas* de 1916. El eje sobre el que pivotaba el peso principal de este programa reformista se centraba en la educación y la cultura. El faro, la luz que debía guiar a la nueva generación encargada de echar sobre sus hombros esa responsabilidad de reforma no emanaba de España. Los destellos venían de fuera de nuestras fronteras: “Un pueblo es un cuerpo innumerable dotado de una única alma. Democracia. Un pueblo es una escuela de humanidad. Esta es la tradición que nos propone Europa”¹

Esta idea salvífica del viejo continente será una constante en Ortega desde sus primeros hasta sus últimos escritos pero no en forma de soniquete recurrente y monótono, sino con una evolución que parte de la equiparación de los términos “regeneración” y “europeísmo”, tesis ya formuladas por las generaciones anteriores a la de 1914, especialmente en los postulados de Costa y Giner y, en algunas ocasiones, de Miguel de Unamuno, pero reorientadas por la mano del filósofo que utiliza sus estudios en la Alemania postkantiana y fenomenológica, que ha vivido en sus años de formación postdoctoral, para trascender e innovar a sus mayores.

Cuarenta años más tarde la precipitación de acontecimientos internacionales desgraciados a lo largo de la primera mitad del S XX y la evolución y asentamiento de sus propias reflexiones llevarán a Ortega, tras el terrible desenlace de la IIª Guerra Mundial, a defender entonces

¹J. ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas* T II, p. 102. Madrid, Taurus, 2004.

una salvación de la propia Europa en crisis a través de una afirmación de la unidad política –separada de la cultural–, sostenida en el ámbito de una civilización previa común, idea que subrayará en sus conferencias pronunciadas en Alemania rodeado de un escenario ruinoso ante un público cuyo interior no estaba en mucho mejor estado. *De Europa Meditatio Quaedam* y *¿Hay una conciencia de la cultura europea?* dictadas en Berlín y Munich respectivamente en 1949, llevarán la revisión del inicial pensamiento europeizador que había sufrido un momento de inflexión coincidiendo con la crisis de entreguerras y que nuestro pensador fue madurando desde la versión hemerográfica en 1929 de *La Rebelión de las Masas*.

El europeísmo orteguiano no es, como se ha dicho hasta la saciedad, la idea de pan-Europa que propagó el conde Coudenhove-Kalergi,² ni una metáfora espejo donde mirar atrasos o avances de España al estilo de otros coetáneos intelectuales, sino una idea mucho más compleja que se encuentra diseminada por toda la obra del filósofo, constante reflexión que llevó al propio Ortega a autodefinirse como el “decano de la idea de Europa”.³ Desarrollo, pues, esta evolución, simplificada hasta el extremo por el espacio de un artículo con extensión razonable en tres esquemáticas etapas: Primero con la entrada en escena de la nueva generación que él lidera, después con la crisis del periodo de entreguerras y por último en el escenario de la reconstrucción europea de la década 45-55, fecha esta última de la muerte del pensador madrileño.

La antorcha regeneracionista que habían prendido las últimas generaciones del siglo XIX, la del 68 de Giner y Costa y la del 98 será tomada en relevo por la generación de 1914 que lideró José Ortega y Gasset, el grupo de los universitarios que completaron sus estudios fuera

² Tal y como afirman autores como José María de Areilza, en “El ideal europeísta de entreguerras”, en *Historia universal del siglo XX*. Historia 16, T II, p. 221 *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época) Núm. 83. Enero-Marzo 1994.

³ Dentro de las lecciones que Ortega dictó en Munich en 1951 bajo el título *Der Idee deer Nation und die deutsche jugend* dirá: “... muy probablemente, –proclamaba orgulloso–, soy hoy, entre los vivientes, el decano de la idea de Europa”.

de España (Marañón, Pérez de Ayala, Araquistáin, Azaña, ...). Bebe por entonces el pensador madrileño de las tesis que sostiene Costa en sus criterios de gobierno: “Contener el movimiento de retroceso y africanización que nos arrastra lejos de la órbita en que gira y se desenvuelve la civilización europea...”,⁴ pero rechaza los argumentos casticistas de “aldea y provincianismo” de Unamuno y Menéndez Pidal con quienes incluso mantendrá prolongados y ásperos enfrentamientos. Ortega analiza las raíces históricas del problema nacional en su ensayo *España Invertebrada* (1921), y apunta como clave para la solución de estas trabas autóctonas dos cualidades que posee desde antiguo la civilización europea: la ciencia y la democracia liberal. El remedio era pues asumir los principios de la moral de la ciencia, especialmente los hábitos del trabajo, el rigor y la excelencia, la adopción de las instituciones y los valores de la democracia representativa y liberal.

Es en esta clave de reforma como se entienden las palabras que titulan esta intervención y que fueron pronunciadas en la mencionada conferencia dictada en Bilbao en marzo de 1910:

*“Regeneración es inseparable de europeización; por eso apenas se sintió la emoción reconstructiva, la angustia, la vergüenza y el anhelo, se pensó la idea europeizadora. Regeneración es el deseo; Europa es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente se vio claro desde un principio que España era el problema y Europa la solución”.*⁵

Pero esta idea de remedio se tuerce cuando Europa entra en la crisis de los años 20. El remedio se vuelve, siguiendo el dicho popular, enfermedad. Se invierten los principios y Europa, a partir de ahora, será vista por el filósofo como el problema y sólo la superación de la problemática causada por un nuevo tipo de hombre: el hombre-masa en rebeldía, y el alcance de la unidad cultural y política continental, podrán traer la solución a la enferma Europa. No comparte, sin embargo, Ortega las

⁴J. COSTA, *Los siete criterios de gobierno*, Madrid, 1954.

⁵ORTEGA Y GASSET, *op. cit.*, T II, p. 102.

ideas de caída que Spengler difundía con éxito por el mundo intelectual. Pues –decía– la crisis continental no era de extinción sino que se trataba de un “crepúsculo matutino”, es decir, un bache de crecimiento, no de decadencia. Cuando Ortega y Gasset saca a la luz su polémico ensayo sobre la crisis moral que invade al mundo occidental, *La Rebelión de las Masas*, recoge como punto de fundamento su idea de nación a través de Toynbee y el principio de Renán, “la existencia de una nación es un plebiscito cotidiano”. La esencia de un pueblo se constituirá de sangre, lengua y pasado pero, al mismo tiempo, necesita de principios estáticos, porque una Nación no es algo “que se es”, sino algo “que se hace”, la realización de un futuro que se regocija en el placer de revivir el pasado. Nación como empresa y tradición. En Europa, este proceso de creación se ha forjado en tres momentos. En primer lugar, el instinto europeo de fusionar en unidad de convivencia a grupos étnicamente próximos. En segundo lugar aparece el nacionalismo como exclusivismo cerrado frente a “otros” pueblos, pero lentamente esos pueblos enemigos van tomando conciencia de su pertenencia al mismo “círculo humano”. Y en tercer lugar surge la nueva empresa, la unidad de pueblos ayer enemigos, hoy amigos, mañana hermanos. “He aquí madura la nueva idea nacional europea”.⁶

Europa, gracias al engarzamiento de sus tradiciones y a la aspiración del europeo de proyectarse sobre el porvenir, es decir de ser hombre en el sentido más elevado, más perfecto, ha llegado a ser *nación sensu stricto*. Cada prototipo de hombre concebido en los distintos pueblos europeos (“ser francés” “ser español”) es “una forma peculiar de interpretar la unitaria cultura europea”, rivalidad que contribuyó a la continua renovación de los pueblos. Esta pluralidad nacional y el estancamiento del porvenir que hacia los años 30 descubriría nuestro pensador en las “pequeñas naciones históricas constituidas”, se proyecta en el ideario orteguiano hacia el porvenir como la futura “Nación-Europa”, para evitar la caída en el “envilecimiento” y desmoralización que causaba el

⁶ ORTEGA Y GASSET, *op. cit.*, T IV, pp. 486-489.

agotamiento de la idea de Nación. La única solución para la salvación de los pueblos de Europa era: “trascender esa vieja idea esclerosada poniéndose en camino hacia una supra-Nación, hacia una integración europea. Las naciones europeas –argumentaba el escritor en el periodo de entreguerras– se han convertido en provincias continentales y corren el peligro de practicar un “nacionalismo hacia dentro”, un *nationalisme rentré*, cuando lo acuciante es superar el freno de la idea de nación y ejercitar deportivamente un “nacionalismo hacia fuera”, no universal, sí europeo-continental, que les lleve a “vivir, moverse, ser”.

Junto con esta visión supranacional, Ortega abunda en un principio de doble dimensión del conjunto europeo. Es decir, que, por un lado, cada nación se sienta viva en la gran sociedad constituida por el gran sistema de usos europeos, y por otro, que cada una de ellas se comporte según el legado de usos particulares, esto es, diferenciales. No se basa Ortega en principios de carácter biológico o geográfico, sino en una “voluntad política”. Esto es, Nación-Europa como “unión del poder público y la colectividad por él regida”.

Ortega argumenta que los pueblos europeos son, desde hace mucho tiempo, una sociedad: hay costumbres europeas, usos europeos, opinión pública europea, derecho europeo, poder público europeo, fenómenos sociales, todos ellos se dan proporcionalmente en el grado de evolución en que se encuentran los miembros componentes de la sociedad europea, es decir, las naciones. Y la sociedad europea existe como tal con anterioridad a la existencia de las naciones europeas. En definitiva, además de las sociedades nacionales –Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, España– existe otra sociedad en la que éstas se sumergen: la Sociedad europea; pero es un error pensar que ésta consista en la convivencia de las naciones, error de la sociología representada por la Sociedad de Naciones o la ONU, ya que sólo las personas conviven. La convivencia europea es anterior a las naciones precisamente porque la sociedad europea consiste en la relación de los individuos en el Viejo Continente. Pensar que Europa es una figura utópica de realización futura es un equívoco,

porque Europa existe como sociedad. Lo que sí es menester es dotar a esa realidad de una nueva forma.

Es también interesante detenernos en la reflexión que en este mismo ensayo de *la Rebelión* ocupa su última parte dedicada al liderazgo mundial. Su *Quién manda en el mundo* abunda sobre la pérdida de la hegemonía europea tras tres centurias de mandato. Y no preocupa tanto al filósofo la pérdida de la autoridad continental como el vacío de poder que se vislumbra al no discernirse en el horizonte un relevo evidente con una situación mundial caótica sin un pueblo –o grupo de pueblos– capaz de ocupar la posición de liderato en el mando. Ni los Estados Unidos de América ni la entonces pujante comunidad eslava son entidades novedosas respecto a Europa. Son colonias culturales o “parcelas del mandamiento europeo” que responden al “fenómeno de camuflaje histórico propio de los “pueblos nuevos”: América es “un pueblo primitivo camuflado por los últimos inventos”;⁷ Rusia, un pueblo “en fermento” camuflado por un neomarxismo contradictorio y ficticio. Y es que los pueblos jóvenes no tienen ideas: al dissociarse de la vieja cultura que los vio nacer, pierden su sentido. Por un lado, América, el “paraíso de las masas”, parece haber contagiado a Europa la subida de nivel de la existencia integral del hombre mediocre: “Europa se está americanizando”, América es la “concepción practicista y técnica de la vida”, pero la técnica es un invento europeo. América es joven y fuerte, pero su crecimiento se ha hecho con el rebose excedente de Europa, no posee la capacidad de mando porque no tiene historia ni sufrimientos colectivos.

Por otro lado, Rusia, pueblo “juvenil”, se compone de un estrato étnico sustancial y temporalmente distinto al europeo, y lleva en sus entrañas la contradicción del marxismo triunfante en un pueblo rural. ¿Contradicción? Se pregunta Ortega: “no hay tal contradicción porque no hay tal triunfo”. Rusia fingió ser marxista para cubrir su carencia de principios históricos, de mandamientos. El marxismo es un pretexto, no una razón.

⁷ Esta afirmación la sostiene Ortega en el artículo de *El Espectador* de 1930 “Hegel y América”, plasmándola también en las mismas fechas en *La rebelión de las masas*.

Pero no pretende Ortega trascender a la nación hacia una internacionalización. Su idea de supranación no puede ser más contraria a la de inter-nación basándose en su principio fundamental de que **las naciones existen** llegando a tildar de “viejo y barato” todo internacionalismo, ya que éste se empeña en negar el detalle de la existencia de las naciones, así la idea de Europa se trataría de una unidad como integración de las naciones y no como expoliación, que explosionaría al final de una época histórica en la que los nacionalismos se hubiesen ensayado de forma extrema. Y eso es precisamente lo que ocurría en la Europa de los años 40.

En esta construcción de la supra-nación Ortega se fija especialmente en las visiones económicas y de defensa de esta unidad. Ambas las advierte como prioridades que deben asumir forma jurídica con celeridad. Los peligros comunes frente al exterior obligan a la creación de una defensa unitaria global, con carácter formal. Asimismo, en la vertiente económica señalará que, dada la estructura económica que se va perfilando al rayar la segunda mitad del siglo XX se hacen necesarios acuerdos supranacionales en los que se limiten las soberanías de cada nación. Ya desde los años 20 advertía el pensador la incapacidad de los regímenes parlamentarios democráticos para hacer frente a los nuevos problemas aparecidos tras la liquidación de la Primera Guerra Mundial, especialmente los económicos que para estas fechas ya no dependían de cuestiones interiores sino de variables de orden exterior. Es por ello que, con el devenir de los años abogará por una idea de economía conjunta: “la idea de una economía europea unitariamente organizada, sea la única figura que hallamos en nuestro horizonte capaz de convertirse en dinámico ideal”.⁸

Pero, ¿es posible unificar las economías nacionales europeas, reducir las a un “común denominador”? Cada nación ha construido su sistema económico peculiar en base a su formación histórica, a sus recursos, a su situación geográfica, en función de la forma de sociedad característica

⁸ J. ORTEGA Y GASSET, “Ensayo sobre la situación del ‘manager’ en la sociedad actual”, conferencia organizada por el British Institute of Management, Torquay, octubre de 1954.

de cada pueblo. La tarea es compleja, pero ineludible, porque “no hay solución de recambio”. Los milagros económicos que han reconstruido las economías europeas después de la Segunda Guerra Mundial, aun dignas de alabanza y admiración, no son más que hechos anormales, fruto de esfuerzos heroicos, pero es preciso volverse hacia grandes soluciones modificando las estructuras económicas de la sociedad en sus mismas bases, en profundidad. La única solución consiste en que “la estructura básicamente nacional sea sustituida por una estructura básicamente europea”, que, fundamentada en el triste hecho actual que hace de la producción el primer término de la vida colectiva, trueque las economías nacionales “a la defensiva” por una economía europea al ataque.

Tras los conflictos bélicos que asolaron el mundo en las décadas de los 30 y 40, e instalado Ortega y Gasset en un continuo peregrinar que le llevó en la última parte de su vida a residir en más de seis países sin sentirse del todo cómodo en ninguno de ellos, siguió ocupándose el pensador de la realidad de Europa. Su libro *Meditación de Europa*, compilación de varias conferencias dictadas en Alemania entre los años 49 y 54 –a las que me he referido brevemente hace unos párrafos– y otros textos hasta entonces inéditos, es también de una calidad soberbia, pero se hace mucho más circunstancial que otros textos suyos al estar basado en diferentes intervenciones ante públicos muy concretos: se recogen en estas páginas sus impresiones de la Guerra Civil española y del conflicto mundial. No es desdeñable que la mayoría de las palabras vertidas en él fueron pronunciadas en una Alemania recién derrotada y liberada del nazismo, en ruinas físicas y morales y abrumada no sólo por la derrota sino, quizás más, por la conciencia de culpabilidad. No por ello da cuartel el autor al cansancio sino, muy al contrario, se centra en animar a sus oyentes a la confianza en el valor y en la capacidad regeneradora de la cultura. Insistirá en que era en Berlín precisamente donde se debía hablar de Europa y presupone, contra la opinión general y extendida, que históricamente Alemania ha sido “el país más mesuradamente nacionalista que ha habido en Europa. La parte más íntegra del espíritu nacional alemán es contar, ni más ni menos, con la presencia de Europa y será de

estas ruinas de donde Europa empiece a emerger de la catástrofe. El que nuestra civilización se haya vuelto problemática, dolorosa, significa que, bajo las ruinas históricas, de una forma de civilización está germinando y “una nueva figura humana existencial, se halla en trance de nacimiento”.

Comenzaba este artículo recogiendo una definición antitética de Europa y España. El fondo de esta antítesis abunda mucho más allá de las cuestiones hasta ahora abordadas, es una filosofía que se adentra en el transfondo de la técnica y la ciencia, ambas ausentes en la España de la Restauración. En su primer libro de filosofía, *Meditaciones del Quijote* de 1915, lanza Ortega una de esas sentencias tan abundantes en su obra que aparentemente respiran sencillez pero engloban una compleja reflexión sobre la ciencia y la técnica europeas. Para Ortega, “Europa es ciencia”, “España es inconsciencia.”⁹ Europa, pues, no es simplemente “la industria, el comercio, el confort, la comodidad, etc”. Es la inventora de la técnica científica, y ambas, la ciencia y la técnica, van de la mano, unidas de la cultura europea. Ortega rechaza la idea de Spengler según la cual “la técnica puede seguir viviendo cuando ha muerto el interés por los principios de la cultura”.¹⁰ La técnica no puede vivir sin su base científica, y ésta no brota espontáneamente sino en el interior de una cultura vital y entusiasta. Es erróneo, pues, considerar el “tecnicismo” como parte integrante de la “cultura moderna”, prescindiendo al mismo tiempo de toda clase de cultura científica.

Una de las leyes que Ortega y Gasset destaca de la Historia es el hecho de que “los movimientos técnicos” del hombre europeo han aumentado cuantitativa y cualitativamente, es decir, que la actividad u ocupación técnica del europeo se ha desarrollado en permanente progreso. De ahí que la técnica sea uno de los rasgos constitutivos y esenciales del hombre europeo. La tesis orteguiana queda de esta forma planteada:

⁹J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*.

¹⁰J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*.

el hombre europeo es un ser técnico.¹¹ Y por ello pretende crearse un “mundo nuevo”.

En fin, aunque aún se podría abundar mucho más en la idea de Europa orteguiana a través de muchos otros escritos que de forma directa o secundaria abordan este problema, podemos concluir con estos pocos datos que les acabo de enumerar en estos minutos que a pesar de los años transcurridos desde la primera edición vía hemerográfica de *La Rebelión de las Masas* y de lo acontecido desde la muerte de nuestro filósofo en 1955 a nuestros días, la Europa de Ortega se parece mucho a la real actual –haciendo lógicos reajustes temporales– y si bien tiene una naturaleza diferente (recordemos que para el filósofo Europa existe antes que sus naciones y no hay que crearla), su esencia básica es la misma: los europeos están inevitablemente condenados a entenderse y a seguir un rumbo conjunto no sólo por el progreso y el éxito de las naciones que la forman sino también por la importancia que Europa tiene en el mundo. El título de la segunda parte de la *Rebelión*, casi un grito: *¿Quién manda en el mundo?* – nuestro pensador no entiende por mando el ejercicio del poder material sino el ejercicio de la autoridad soportado y nutrido por la opinión pública– es sin duda una exhortación de Ortega al viejo ciudadano europeo para que, en pie, vuelva a cargar sobre sus hombros el liderato internacional.

¹¹ Sobre esta cuestión abundó Ortega en polémica con Heidegger en una conferencia titulada “El mito del hombre allende la técnica”, dictada en Darmstadt en 1951 en presencia del filósofo.